



Esta obra está bajo
una Licencia Creative
Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivar
4.0 Internacional

Mi archivo Pampa

De Olmos Candelaria
maria.de@unc.edu.ar
Universidad Nacional de Córdoba (UNC)

Cómo citar este artículo: De Olmos, C.
(2025). Mi archivo Pampa. *Neatá. Revista
digital del Grupo de Estudios Semio-
discursivos. (GESEM, SGCYT-UNNE)*, 7 (2),
pp. 1-8. <https://doi.org/10.30972/nea.>
XXXXXX

Es Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba donde es profesora de Teoría Literaria, Semiótica y Análisis del Discurso. Es autora de los libros: *Filloy en tres tiempos* (2006), *La zorra, la cigarra y el mono. Tres fábulas para leer a Juan Filloy* (2020) y *Viejo hidalgo virreinal. Diccionario biográfico de Manuel Mujica Lainez* (inédito, en colaboración con Federico Alcala Riff). Ha publicado un libro de ficción: *Irremediable* (2022).

Es la fuerza de una voz

Diego Vigna sobre Pampa

(Whatsapp del 15/06/2024)

Las fotos

Hubiera esperado llorar a gritos, pero no: el día que Pampa murió, me puse como enloquecida a buscar unas fotos que mi hermana se encargó de tomar, guardar y (muchos años después) regalarme para una navidad. Fue un regalo precioso e inesperado. Inesperado: porque yo ni siquiera sabía que esas fotos (casi las únicas que tengo con Pampa) existían. Precioso: porque esas imágenes son de un tiempo también precioso, el tiempo de mi juventud, pero sobre todo, el tiempo de mi encuentro con Pampa y, con ella, de un modo de mirar la literatura, el lenguaje y la vida que desde entonces llevo pegado como un tatuaje.

Recordaba las cuatro fotos (cuatro, nomás) en un sobre de papel rojo. Recordaba el sobre metido en un servilletero que está siempre sobre la biblioteca y que uso para tener a mano los papeles urgentes o para ir depositando ahí esos que no tengo ganas de guardar porque el trámite me demanda una cierta burocracia doméstica: acomodar, en cajas y carpetas dispuestas en lugares inaccesibles, papeles que a veces se resisten a toda clasificación. Las fotos no estaban en el servilletero que, desalojado para la ocasión, solo cumple funciones de servilletero algunas veces al año, cuando la familia a pleno viene a almorzar. A cuatro o cinco meses de la mudanza, ¿dónde estaba el sobre rojo de las fotos con Pampa?

Me resigné a la burocracia del hogar y bajé de las alturas de una baulera, la caja de “Fotos”. Busqué el sobre rojo. No apareció. Me resigné nuevamente y busqué foto por foto, álbum por álbum. Me demoré en las fotos de los hijos pequeños, de las vacaciones pretéritas, de la amiga que no vi nunca más, de parejas que

Dossier El Legado de Pampa Arán Experiencia

dejaron de serlo, de casas que ya no habito. Llegué al fondo de la caja. Las fotos con Pampa no estaban.

Conjeturé una pérdida definitiva y me lamenté. Encaré una segunda búsqueda analógica y le pedí a mi hermana los negativos; encaré una primera búsqueda digital y navegué las redes hasta hallar las fotos de las fotos que alguna vez tomé para hacer público un saludo de cumpleaños a Pampa. Mi hermana, custodia de los archivos fotográficos familiares, prometió alcanzarme los negativos si los encontraba. En cambio, las fotos de las fotos aparecieron casi enseguida, en algún rincón de *Facebook*.

Allí estábamos Pampa y yo: las dos en una sala del cabildo de Córdoba. Ella, con una blusa azul que le quedaba preciosa; yo, con un chaleco celeste que recuerdo que adoraba y que usaba solo en ocasiones especiales. A nuestro lado: Adriana Boria y Cecilia Reyna. Creo que se trataba de la presentación del primer *Diccionario de Mijaíl Bajtín*, tal vez, de *La estilística de la novela en Mijaíl Bajtín*. ¿Cómo saberlo? No hay, nunca hubo, fecha de las fotos. Chequeé los datos editoriales de ambos libros. Descubrí con sorpresa que el *Diccionario*, editado por la Dirección General de Publicaciones de la UNC, es de 1996; la *Estilística*, del cual participó también María del Carmen Marengo y que apareció por Narvaja Editor, es dos años posterior. Me sonreí recordando esa capacidad arrolladora de trabajo que tenía Pampa y se me pasó la sorpresa. Me quedé un rato mirando las fotos en la pantalla. En dos de ellas, Pampa está hablando al micrófono. En la mirada al frente, en las manos con los dedos extendidos también hacia adelante, se le adivinan el entusiasmo, las ganas, la alegría. Las demás, la miramos atentamente: Adriana Boria con la mano sosteniendo su barbilla o un poco inclinada hacia atrás para abarcar a su amiga desde un ángulo mejor. En otra de las fotos soy yo la que habla. Adriana ha dejado que la barbilla le caiga por fin sobre el pecho y ríe divertida. Pampa también ha dejado que el mentón se incline hacia adelante. Con la mano derecha, el codo apoyado en la mesa, se sostiene la frente. Ha hundido los dedos en el pelo: los adivino abiertos como si se tratara de un peine. Le vi ese gesto miles de veces. Sonríe como quien se siente expuesta, con algo de vergüenza y mucho de felicidad. ¿Qué estaría diciendo yo? Acaso estoy elogiándola. Con esa pose, ella estaría al mismo tiempo eludiendo y recibiendo mis elogios. Pensé: ella debía tener entonces la edad que yo tengo ahora, quizás un poco más.

Detenida frente a la pantalla, sin que me cayera una sola lágrima, advertí que todavía quería las fotos en papel. ¿Por qué? ¿Acaso mi nostalgia recién empezada de Pampa era una nostalgia analógica? Podía, en efecto, decirme lo que Anny Duperey escribe de las fotos que tomó su padre, Lucien Legras, muerto tan joven y tan tonta y fatalmente: “Porque estas fotos son para mí mucho más que bellas imágenes, ellas son para mí, lugar de memoria” (Duperey/Legras, 2021, p. 9). Una pantalla no es un lugar. O sí. Pero no es el lugar donde quiero recordar a Pampa, no es el lugar donde quiero hacerle mi altarcito. Apareció otra foto, en blanco y negro como las fotos de Lucien Legras, cuadrada y pequeña. Es la primera foto que tenemos juntas. Nos la tomó su hijo Luis para la contratapa de la *Estilística*. Estamos en mi departamento de estudiante: ella, yo y María del Carmen Marengo. Las tres, sentadas a la mesa regada de papeles y libros, simulamos trabajar. Luis, que había llevado un trípode y que hizo

| Dossier El Legado de Pampa Arán | Experiencia

varias tomas modificando ángulo y luz cada vez, nos sorprendió, sin embargo, en actitud de contemplación extraña: Pampa me mira de reojo y sonríe con ternura; yo la miro con juvenil devoción. Elegí esa foto para el altarcito y, esa misma tarde, la rescaté de la caja y la puse en mi escritorio.

Pero, ¿dónde estaban las fotos del Cabildo? ¿Acaso adentro de un libro? Eso podía ser una calamidad equivalente a la pérdida definitiva. Antes de abrir todos y cada uno de los libros que seis meses antes había vuelto a acomodar en la biblioteca de esta casa nueva, decidí bajar la caja de los “Recuerdos” que no es la caja de las “Fotos”. La caja de los “Recuerdos” es una caja donde guardo cartas, postales, estampitas, tickets de viajes y folletos varios en un desorden que desconoce principio de procedencia, alfabeto y cronologías: una colección antediluviana iniciada a mis seis años cuyo documento inicial es la tarjeta de Navidad de una amiga y cuyo crecimiento la era digital ha frenado apenas un poco. Como ningún sobre rojo saltó a la vista, tuve que buscar con minucia. Pensé: tal como Pampa me enseñó a buscar en los textos literarios. Y en los no literarios también.

| Primera carta

Entonces sucedió la sorpresa: entre dos atados de cartas (el resto es caos) apareció un papel con la letra de Pampa. La letra de Pampa es inconfundible: apretada, chiquita, prolija, una cursiva decimonónica, de acta fundacional o de la independencia. Es, además, una letra conmovedora. O a mí siempre me ha conmovido. ¿Por qué me conmueve la letra de Pampa? No me lo pregunté entonces, frente a esa letra (esa carta) recién descubierta, tan sorpresiva como había sido el regalo de las cuatro fotos que esa tarde no podía encontrar. Es ahora, ahora que escribo este texto que me pregunto por los motivos de la emoción que me produce la letra de Pampa. ¿Es otra vez la nostalgia de lo analógico, del manuscrito, del archivo entendido como esa cosa diferente a un documento de Word? La letra de Pampa es una letra que ha ganado una elegancia espigada a fuerza de repetirse. Es una letra que conserva, sin embargo, las redondeces de sus comienzos, los vestigios de haber sido trazada en el pizarrón o en el cuaderno escolar. La letra de Pampa, como la de mi madre, es la letra de quien empezó enseñando a niñas y niños, una letra cuidadosa que, al escribirse, no olvida que aspira a la comprensión del otro. Pampa había sido bajtiniana desde siempre, ya cuando era maestra rural: una bajtiniana *avant la lettre*, antes de la letra que después tuvo y que yo ahora leía.

¿De dónde había salido esa carta? No la recordaba en absoluto. No es que no recordara conservarla: no recordaba que Pampa me hubiera escrito jamás una carta. Con la expectativa de quien se asoma a una novela nueva cuya lectura ha sido largamente postergada, leí: “Candelaria, me interesa que leas algunos cambios que introduje en el archivo BIOY en los caps. 3 y 4. Te envío el índice de la II Parte tal como quedaría (...). Si podés y tenés ganas tratá de unificar el aspecto formal del que habíamos hablado; mientras tanto yo voy a pulir mi trabajo (archivo NOVELA) siguiendo también tus observaciones. Cuando me devuelvas el disquete imprimo todo y armo la carpeta, si Dios quiere lo volverás a ver para corregir pruebas de imprenta. Mandame por correo el disquete cuando esté listo y dejate una copia de seguridad (yo hice lo mismo). Te quiero mucho. Pampa. No perdamos el contacto”. En el reverso del papel, estaba impreso el índice del libro *Estilística de la*

Dossier El Legado de Pampa Arán Experiencia

novela en M.M. Bajtín.

¿Cuándo me había mandado Pampa esa carta? No había fecha. Un sobre aparte con la inscripción “Contiene disquete”, me hizo sospechar que había sido en ese sobre donde esa carta había viajado hasta la casa de mis padres, en Río Cuarto. El estampillado me hizo saber lo que imaginaba: que eso había ocurrido durante unas vacaciones de verano, en febrero de 1998. Por lo demás, la lectura de la carta no activó ni un solo recuerdo. No me recordé corrigiendo ese libro, copiándolo en disquetes hoy también antediluvianos, también perdidos como las fotos que me habían empujado hasta aquí (a las ocho de la noche, mientras los mensajes de colegas y amigos seguían llegando, mientras seguía sin saberse la hora del velatorio, mientras yo seguía sin llorar, mi cama era el verdadero mal de archivo).

El recuerdo, en todo caso, iba para atrás: a la tarde que le había llevado a Pampa un montón de notas impresas con apuntes que eran un intento de análisis bajtiniano de *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares. Yo estaba fascinada con Bioy pero más fascinada estaba con todo eso que Bajtín me permitía leer en esa novela, en otras novelas, en la vida. La fascinación y Bajtín habían venido de la mano de Pampa y habían sido tan fuertes que me habían retenido en Letras cuando estaba a punto de abandonar la carrera. Después, me habían llevado a ser ayudante alumna en la cátedra donde ella enseñaba y donde me quedé cuatro años. Ella me devolvió mis apuntes unos días más tarde, en el box 3 del Pabellón Francia que es el que hoy elijo cuando doy clases de consulta para mis estudiantes cuando mis estudiantes no prefieren las consultas virtuales. Mis borradores sobre Bioy la habían entusiasmado y entonces, habló como solía: largamente, con pasión incontenible y movimientos de ojos y manos. Como todavía fumaba, sostenía el cigarrillo con una y gesticulaba con la otra: armaba como una cúpula con la palma ahuecada, alargaba sus dedos finos y apoyaba las yemas sobre el escritorio haciendo sonar las uñas impecables pero sin esmalte, a veces, contra la madera, a veces, contra esa pilita de papeles impresos que yo le había dado no sin cierto temor. Uno o dos años antes, yo había temblado como una hoja todo el tiempo que duró el coloquio de Metodología del Estudio Literario II y había vacilado al responder sus preguntas incisivas (una por el tercer sujeto de Bajtín me quita el sueño hasta el día de hoy: “me parece que no es exactamente eso”, había dicho cuando balbuceé mi respuesta inventada).

Me quedé un largo rato mirando carta y sobre. Solo mentalmente, con devoción de archivista que procura la preservación de los documentos, subrayé una y otra vez esta frase: “yo voy a pulir mi trabajo (archivo NOVELA) siguiendo también tus observaciones”. Saqué cuentas: ¿qué tenía yo? ¿Veinticuatro, veinticinco años? Esa frase me evocaba toda la humildad de Pampa. Su apuesta por el trabajo colectivo, por el diálogo entre pares nunca me fueron ajenas, pero creía recordar que, en el inicio de nuestra relación, ella había asumido otro lugar, más jerárquico y menos horizontal. Esa carta, conservada y olvidada, venía a decirme que no era así, que salvo en ese coloquio, nunca fue así. Después que publicamos *La estilística*, recuerdo que me dijo (y se lo dijo también a mis padres y más tarde a medio mundo) que yo era como la hija mujer que hubiera querido tener. Ese afecto me honraba, me sostenía, me enorgullecía, me hacía feliz. Así que me dejé maternar y empecé a decir (también a medio mundo) que Pampa era como mi segunda madre. Ni así perdió ella nunca de vista ese trato de igual a igual que, con los años, empezó a empujarnos a la confesión, la confidencia, el

| Dossier El Legado de Pampa Arán | Experiencia

consuelo, la chacota y las vulgaridades divertidas. Yo, en cambio, nunca pude dejar de tratarla de usted. Incluso pese a las vulgaridades y la risa hasta las lágrimas (tecito de por medio) en un ritual de algunos domingos que la pandemia nos hurtó. Ahora me doy cuenta que era bastante tonto de mi parte, bastante infantil. Como si quisiera seguir siendo un poco niña a su lado. Nos habíamos convertido en amigas, pero yo quería que siguiera siendo mi madre: que me siguiera enseñando, que me siguiera mimando a su manera.

| Segunda carta (en verdad, primera)

Debajo de la carta que venía con disquetes, había otra. Esta sí tenía fecha: 22 de febrero de 1998. “Mi querida Candelaria: ha llovido todo el día en Córdoba, está ‘hoyible’. Acabo de hablar al departamento de ustedes y tu hermano me dice que has viajado a Río Cuarto para el fin de semana. Me lo imaginaba, pero no pude acabar el trabajo hasta ayer a la tarde. Resuelvo entonces enviarte el disquete por correo para adelantar el proceso”.

Levanté la vista. Tuve un recuerdo para esas llamadas telefónicas: el grito en el cielo de mi padre que veía repetirse el número de Pampa en la boleta de Telecom y la duración escandalosa de cada llamada. Después, con manía también de archivera, pensé: entonces esta carta es anterior a la otra. Chequeé el sobre de esa carta anterior: un poco borrado, encima de una estampilla con un cóndor andino que, apenas vio, mi hijo codició, se dejaba leer el número 23. Me había mandado el disquete apenas un día después de esa llamada, desde una oficina de la calle Deán Funes al cien. Se había ido hasta el centro, con el calor ‘hoyible’, desde su casa de barrio Maipú que había diseñado su marido Carlos y que yo conocía tan bien. Me había mandado el disquete porque no alcanzamos a vernos. Pensé también (con una culpa y una tristeza que no me abandonarán nunca) que tampoco antes de su muerte alcanzamos a vernos. Que la última vez que nos encontramos fue en Buenos Aires, en el Congreso de Semiótica de agosto de 2023. También entonces me sorprendí y le pregunté qué hacía ahí, bastón en mano. “Vine a escucharte”, me dijo halagadora. Otra vez me mimaba como una madre. “Veo que has vuelto a uno de tus primeros amores”, me dijo públicamente, apenas terminé de leer un trabajo donde exploraba las cartas de otro archivo. Alguna vez yo había querido hacer una tesis con esas cartas, con ese amor, pero a ella no le había parecido conveniente y había logrado disuadirme del proyecto. Otros amores (no académicos) que yo había tenido tampoco le habían gustado nada. Nunca me lo hizo saber. No abiertamente. No hasta que se acabaron.

La carta seguía: “El terminado de ‘Novela’ quedó muy bien, estoy segura de que no hay nada tan actualizado en materia bibliográfica en español, he incorporado todo lo nuevo sobre Bajtín en notas y comentarios que dan diferentes perspectivas en discusión actual. No creo que lo toque más, no tendré tiempo. Esta semana –como la pasada– estoy tonta (...) de reuniones y de trabajo institucional...”.

Me asaltó el recuerdo de esa Pampa obsesiva, desdeñosa de las parcialidades y los fragmentos a los que, a fuerza de deconstrucción, después nos hemos habituado como quien se acostumbra a la música de una época. Esa Pampa preocupada por ser exhaustiva, metodóloga y, puesta a estudiar algo de su interés, todóloga de ese algo. Ya cuando habíamos escrito el primer *Diccionario léxico de la Teoría de Mijail Bajtín*, se había

Dossier El Legado de Pampa Arán Experiencia

preocupado por conseguir –en épocas no solo de mucho disquete y nada de drive, sino también de mucha biblioteca y casi nada de internet– todo lo que hubiera de y sobre Bajtín. Con ese afán había entablado vínculos con colegas de Argentina, pero también de Chile, de Brasil, de Cuba. Me asaltó además el recuerdo de esa Pampa comprometida con la institución más allá de la docencia que era su pasión más obstinada (“yo moriría en el aula, Candelaria”, me decía cada tanto, acaso sin saber que provocaba mi envidia y encendía más aún mi admiración hacia ella). Coherente con sus convicciones, bajtiniana hasta la médula, prefería los espacios donde el diálogo, la polémica, y la construcción colectiva que demandan las políticas universitarias son más evidentes: “siempre en cuerpos colegiados”, subrayaba orgullosa cuando repasaba su recorrido por los cargos de gestión.

La carta terminaba: “Espero que te guste cómo quedó y que te hayan parecido bien algunas correcciones al [capítulo de] Bioy. Hablando de eso, ¿no habría que señalar –no me acuerdo si está– que sólo se ha consultado escasa bibliografía sobre Bioy ya que esta es enorme y no era nuestra intención”. Ahí está otra vez: la Pampa meticulosa y exhaustiva, me dije. La despedida era un “Bueno ¡basta!”, que se decía a sí misma, seguramente sin mucha convicción. Después del beso y la firma, la pregunta: “¿Cómo anda Saer?”.

Marginalias y márgenes del archivo

Por entonces yo escribía sobre Juan José Saer. Tengo unas marginalias de Pampa en unos apuntes impresos con una impresora de matriz de punto en el revés de una prueba de galera de la revista *Tramas para leer la literatura argentina*. Eran el embrión de mi tesis de licenciatura que después ella me dirigió. Yo quería trabajar sobre *Glosa*. En las marginalias, Pampa me recomendaba: “Dado lo mucho que has leído *La pesquisa*, habría que incorporarla”. La tesis acabó siendo sobre *La Pesquisa*. Seguían otras recomendaciones que terminaban: “Y por hoy, sufi”: el equivalente del “Bueno ¡basta!” con el que procuraría sujetar su compulsión al trabajo que no era sino pasión desbocada.

A esos apuntes y a esas marginalias los recordaba bien. Pero ahora tropezaba con una serie de cartas, cartitas y notas en torno a la tesis que dan cuenta de hasta qué punto la dirección de Pampa fue, de nuevo, casi maternal. Como si la tesis hubiera estado en su cabeza y no en la mía, ella me acercaba “un artículo sobre el *skaz* que creo que es un procedimiento saeriano” o una revista “de la Feria donde hallé algo sobre Saer”. Me alentaba como el piloto de una nave espacial que se acerca a una galaxia nueva: “Vamos bien, Candelaria. Nos aproximamos a la parte más peliaguda e interesante de la cuestión, para la cual ya había algunas respuestas...”. Al final de una extensa nota con muchísimas indicaciones gruesas (agregar una introducción, dividir el primer capítulo en dos, cerrar el tres) me felicitaba con exceso y me empujaba: “Tenés que publicarlo, Cande, porque es muy bueno”.

A las diez y media de la noche de ese 10 de junio de 2024, las fotos no habían aparecido, yo seguía sin llorar y no había más cartas. Apenas, tres tarjetas. Una de un negocio de ropa para bebés. Con esa letra que ya he dicho, Pampa había escrito: “Para el bebé de Candelaria. Un besito”. Era diciembre de 2004. Yo cursaba mi primer embarazo y escribía mi segunda tesis también dirigida por Pampa. Mi hija nació seis meses

| Dossier El Legado de Pampa Arán | Experiencia

más tarde, el 11 de junio de 2005, el mismísimo día que Saer murió. La tesis de maestría, que ya no era sobre Saer, nació bastante después. Sin la insistencia paciente de Pampa jamás la hubiera terminado. Entre esos dos nacimientos, y con mi hija sentada sobre mis rodillas en tardes de calor “hoyible”, escribí algunas entradas del *Nuevo Diccionario léxico de Mijaíl Bajtín* que Pampa impulsó y que Ferreyra publicó en 2006.

El archivo se completaba con dos tarjetas más: una del día que me dieron el título por esa tesis demorada (¿pero cuál no lo fue?). Pampa no pudo ir porque estaba enferma. Yo quería que ella me diera el título. La extrañé muchísimo ese día y lloriqueé un poco, en secreto, como una nena. En la tarjeta me felicitaba y me pedía: “No bien puedas, nos encontremos para charlar” (P. Arán, 16/12/09). La última tarjeta es de la última tesis. Esa vez asumió el rol de codirectora. Me acompañó en el acto de defensa, pero para la colación volvió a enfermarse y no pudo ir. Mi madre-madre me dio el título. Después o antes, Pampa me hizo llegar un mate bordó: “Para que circule afectuoso entre manos amigas y te acompañe en horas solitarias de trabajo”, anotaba (P. Arán, 19/12/2016).

| La playlist

¿Cómo es que había olvidado ese archivo? ¿Cómo es que no recordaba las palabras manuscritas y guardadas ahí, en esa caja de “Recuerdos” que podría reputarse más bien una caja de “Olvidos”? ¿Y cómo pude perder esas fotos siendo que tenemos tan pocas fotos en las que estamos juntas (algunas de sus ochenta, ya tomadas con celular y aquella que hizo Luis Meriles con gran despliegue de cámara profesional y trípode)? Es como si mi memoria de Pampa se desentendiera de su materialidad física. Nada que se fije, después de todo, al papel de la era analógica (¿pero qué hermosas estas cartas redescubiertas y releídas como verdaderas cartas de amor, como cartas de amor verdadero!), ni a la pantalla de la era digital (¿pero qué suerte que subí a *Facebook* esas fotos perdidas!).

Conjeturo ahora lo que esa tarde no pude: olvidos y extravíos acaso obedezcan a que mi memoria de Pampa no es visual, es auditiva. No me hace falta escuchar los últimos audios que me envió por *Whatsapp* (pero a veces lo hago), para tener a mano la cadencia de su voz diciéndome: “le voy a pelear a la vida como siempre, Candelaria” (P. Arán, 26/01/2024). Mi memoria de Pampa es una *playlist* que tiene su voz y que se activa todos los días a alguna hora: “Esa tristeza, Candelaria, se resuelve con una pastillita de la felicidad”; “¡Ah, pero lo tuyo es la creatividad!”; “Cuando llegaba el cine a Ascasubi...”; “Si habrás jodido con esa casa”; “Y un poco vas a tener que inventarlo a Filloy”; “¿Hasta cuándo con el viejo ese?”; “¿Embarazada? ¡Ay no! Bueno, bueno, celebremos la vida”; “No tenés derecho a dejar a esa nena sola en el mundo, a ver cuándo le das un hermano”; “Vos sabés que yo me llamo Pampa por mi tío Don Artemio”; “Menem es como la mortadela”; “Cogé, cogé mucho: por vos y también por mí que ya no puedo”; “Mi primo Henry Arán, pobrecito”; “A la tijera de podar, la lavás y le ponés dos gotitas de aceite para que no se oxide y no pierda el filo”; “Le das muchos cariños a tus padres”; “Vos de esa casa vas a hacer un vergel”; “Yo ya miro todo esto como un barco que se va”.

Esa noche, al borde de la cama inundada de papeles, la *playlist* empezó a sonar con una fuerza que ya

Dossier El Legado de Pampa Arán Experiencia

no me ha abandonado. Entonces, por fin, lloré. Pensé: dejarme el cantito perenne de su voz. Hasta en ese gesto fue bajtiniana. Y pícara. Y amorosa.

Coda mínima

Al momento de escribir este texto las fotos en papel han aparecido como por milagro. Estaban adentro de un álbum con otras imágenes de mi época de estudiante. Se ve que antes de la mudanza tomé precauciones para no perderlas y lo mismo las perdí. Hurto otra vez las palabras que Anny Duperey escribe ante el archivo fotográfico de su padre para decir aquí lo que me suscita el hallazgo de estas fotos que tengo con esa que ha sido como mi madre: “Y entonces miro una vez más todas las fotos. Intento mirarlas olvidándome. Olvidando mi búsqueda, mi pesar vivo, mis recuerdos muertos que busco resucitar. Intento mirarlas y escuchar lo que me dicen” (Duperey, 2021, p. 22). Pero no son las fotos las que me hablan. La voz que escucho es, una vez más, la voz de Pampa que me pregunta: “¿Cuándo nos vemos, mi querida?”.

Referencias bibliográficas

- Arán, P. et al. (1996). *Diccionario léxico de la teoría de Mijaíl Bajtín*. Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la UNC.
- Arán, P. (1998). *Estilística de la novela en Mijaíl Bajtín*. Córdoba, Narvaja Editor.
- Arán, P. (2006). *Nuevo diccionario léxico de la teoría de Mijaíl Bajtín*. Córdoba, Ferreyra Editor.
- Duperey, Anny (2021). *El velo negro*. Córdoba, Cielo Invertido Ediciones.